

A PROPÓSITO DE UNA PERSONERÍA JURÍDICA

Recuerdos de la Unión Patriótica (III)

– 05/10/2013 **POSTED IN:** ARTÍCULOS Y OPINIÓN, LA PLUMA DE GABRIEL ANGEL

Por **Gabriel Ángel**

Tuve oportunidad de asistir a la fiesta que con ocasión de su grado como Administrador de Empresas le celebró su familia a Luis Mendoza Manjarrés. Era un muchacho simpático, alto, corpulento y supremamente inteligente, el mayor de una familia de varios hermanos entre los que recuerdo una muchacha muy hermosa. Hijo de Carmencito Mendoza, un popular acordeonero de Valledupar, tocaba la guacharaca en el conjunto vallenato de su padre.

Diomedes Díaz le había grabado una canción titulada Rosita, que Lucho había compuesto a su novia, una elegante morena de singular belleza que lo amaba con esa pureza que tiene el amor de las mujeres de allá. Cuando la matanza se había hecho tan descarada, varios de nosotros comenzamos a examinar la posibilidad de ingresar a las FARC como la única manera de seguir defendiendo nuestras ideas. Lucho ni siquiera consideró esa posibilidad.

Para él era imposible abandonar su medio ambiente natal y de vida. Años después también sería ejecutado por sicarios, con ocasión de su militancia política. Su muerte me recordó también la de Jairo Urbina, quien al enterarse de que varios de sus compañeros militantes habían decidido dar el paso a las FARC, se mostró completamente en desacuerdo. En su parecer, pese a la violencia contra el movimiento, había posibilidades de persistir en la lucha legal. Esa seguridad los mató.

En 1987 se cumplió el llamado Paro del Nororiente, la toma de las plazas centrales de varias capitales de departamentos de la costa, los santanderes y el llano por campesinos que reclamaban mejores condiciones de vida. Vistas en perspectiva, aquellas marchas campesinas no eran más que movilizaciones pacíficas de protesta. Para las autoridades, en cambio, aquello no era otra cosa que subversión. La UP trabajó en la realización de varias de ellas.

En la mesa de negociación que se instaló en la gobernación del Cesar con los dirigentes campesinos, tomó su asiento el señor coronel o general Barros, de la Segunda Brigada del Ejército. Después de escuchar hablar al abogado José Francisco Ramírez, como vocero de los campesinos, le expresó que ya había oído hablar de él, aunque no había tenido ocasión de conocerlo. Y lo trató muy mal. Unos días después, José Francisco cayó tiroteado cerca su casa.

Los noticieros de la televisión daban cuenta diariamente de un muerto de la Unión Patriótica, bien fuera en Sabana de Torres, Arauca, Santa Marta, Villavicencio, Barrancabermeja, en fin, donde quiera imaginarse. Un grupo de dirigentes de la UP en la costa optamos por viajar a Bogotá a finales de julio de 1987, a la sede nacional, con el objeto de entrevistarnos con el doctor Jaime Pardo Leal y recibir algún tipo de orientación política o de acción para el momento.

De allí salimos con los nervios de punta. A poco de llegar nos invitaron a subir al segundo piso, indicándonos que el doctor Pardo se encontraba elaborando un comunicado de denuncia por el crimen contra varios

integrantes del movimiento en distintos lugares del país. Un poco después, el doctor Pardo nos leyó con su habitual oratoria el duro documento. Mientras lo hacía le indicaron que lo llamaban al teléfono. Al venir añadió a mano nuevos nombres al escrito. Era el horror.

Entonces escuchamos una disertación sobre el valor y la lealtad política. El doctor Jaime Pardo, con voz vibrante, nos invitaba a perseverar en la causa sin vacilar un solo instante. Él mismo se ponía como ejemplo de firmeza. Quizás nadie en Colombia estaba tan amenazado como él. El gobierno le había concedido una fuerte escolta policial que lo acompañaba a todas partes. Dormía en colchones con su familia en el piso de la sala de su apartamento, lejos de las ventanas.

Si pensaban que iban a acobardarlo no lo conseguirían. Tenía 46 años, la mayoría de ellos dedicados a la militancia revolucionaria pese a su carrera paralela en la rama judicial. Nadie iba a hacerlo desistir de sus ideales. En realidad no sabíamos qué era lo que esperábamos escuchar aquella mañana, pero al salir de allí nos miramos confundidos unos a otros. Era evidente que esa posición sólo conducía al sacrificio y nosotros no queríamos morir de ese modo.

Para todos fue claro que acabábamos de conversar con un sentenciado a muerte y que su ejecución era cuestión de días. Por muy respetable que pudiera parecernos esa determinación de caminar impasible hacia la muerte segura, no teníamos la menor intención de imitarla. Las alternativas eran mudarse de ciudad, abandonar la militancia política, mandar todo al diablo, o perseverar por ese camino hacia una muerte segura. O tomar el camino de la vida guerrillera.

Los días que siguieron fueron de verdadero terror. Por todas partes llegaban rumores. Hombres con cara de criminales y mochilas colgadas al hombro se nos paseaban por el frente cuando esperábamos un vehículo en la estación. Si tomábamos un refresco en algún lugar público, de pronto alguien venía a advertirnos acerca de un paquete sospechoso tirado al lado de la mesa en que nos hallábamos. Llamadas telefónicas amenazantes, sufragios, y más muertes de verdad.

Alguna vez asistimos a una reunión con el gobernador y las autoridades militares y policiales a objeto de reclamar garantías para nuestra vida y actividad. Recuerdo a un coronel muy serio haciéndonos recomendaciones como no andar solos ni llegar tarde a nuestras casas. Alguien preguntó por la posibilidad de que nos vendieran armas de defensa personal. Siempre y cuando cumpliéramos con los requisitos exigidos en las instalaciones militares, no había problemas.

Algunos adelantaron los trámites. Pero alguna causa misteriosa impedía la aprobación de la solicitud. Un conocido me facilitó el contacto con un tipo de esos que consigue armas con base a sus nexos, influencia y corrupción. Luego supe, por él mismo, que la solicitud había sido aprobada, pero que luego se había sabido que yo pertenecía a la Unión Patriótica, lo cual le había creado todo tipo de problemas a él pues ahora lo acusaban de trabajar para la subversión.

Creo que de nada hubiera valido tampoco. Yo no sabía nada de armas, me daba miedo hasta tocarlas. Y sabía que llegado el momento de enzarzarme en una balacera con los sicarios de la Policía o el Ejército, quizás no tendría ni el valor de desenfundar el arma. Hasta para ejercer la violencia, incluso en defensa propia, hace falta una preparación o experiencia. A decir verdad ninguno de nosotros la poseía. Y sin embargo, obligados por la situación, fuimos a dar a las FARC.